

Nacido en 1989 en Córdoba. Comenzó sus estudios en el Colegio Stos. Acisclo y Victoria, iniciando, al tiempo, los de violín en 1994 de la mano de Harut Mikaelian y, posteriormente Stepan Kostanyan, ingresando en el Conservatorio Profesional de Córdoba donde complementa su formación musical.

Diplomado en Magisterio en Educación Musical por la Universidad de Córdoba, actualmente se encuentra cursando 4º de violín en el Conservatorio Superior "Rafael Orozco" con el profesor Luis Rubén Gallardo, estudios que compagina con la Licenciatura en Historia y Ciencias de la Música. Con un destacado bagaje en el ámbito musical, este relato representa su primera experiencia como escritor.

Salvador Campos Zaldiernas

(Córdoba, España)

Noveno Accésit del IV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

CÓRDOBA 10 DE JUNIO AULA IV

Siete de la mañana. "El regalo más grande", dúo de Tiziano Ferro y Amaia Montero, suena en la habitación o, mejor dicho, los primeros acordes de guitarra. «Por fin es de día» pienso, al tiempo que mi mano busca con certera exactitud el lugar en el que fue visto por última vez el móvil antes de que la voz del artista italiano empiece a sonar. No es que tenga nada en contra del señor Ferro, la canción me encanta, o al menos me encantaba, y es por eso que supuse sería una agradable forma de despertar cada mañana; ahora, sin embargo, asisto con somnolienta ansiedad, cual perro de



Paulov, a que suenen esos primeros acordes que me recuerdan mis obligaciones diarias y que, hoy en concreto, me hacen saltar de la cama sin dar esperanza alguna a los habituales remoloneos que estaban acechándome entre las sábanas. Quizás mañana tengan su oportunidad, pero hoy tengo examen: ese extraño enemigo del estudiante universitario.

Y digo extraño porque por raro que les parezca, a pesar de las angustiosas tardes, de los rehenes hechos al sueño, de inocentes rotuladores sacrificados para resumir y poner diques a embravecidos mares infestados de apuntes de dudosa veracidad, de fiestas aplazadas (bueno, no nos engañemos...)... Es en esos momentos donde uno tira del disfraz y devuelve a las cosas a su verdadera realidad: y las angustiosas tardes se convierten en la excusa perfecta para jugar al póker, tirándote telefónicos faroles sobre quién va ya por un punto o a memorizado tal otro, los rotuladores, liberados de su prisión tras llevar años sin colorear vacas, coches...sueños, sirven ahora para jactarse del catedrático de turno en un desesperado intento de poner en entredicho alguno de sus discursos; en cuanto a las fiestas, todos saben que suelen sufrir el síndrome del embudo, es decir, que si en una semana normal pensabas salir tres días y a una mente maquiavélica le da por introducir un examen que las anula automáticamente, estas tres fiestas son almacenadas hasta el momento de poder recuperarlas en una misma noche, el llamado "pues me voy a pegar una".

Sin embargo, y aunque pretenda dulcificar los efectos de este cotidiano trance que cual manada de ñues se congrega en las praderas de febrero, junio y septiembre (Dios no lo quiera), queda una fase de la que ningún estudiante puede escapar: el pre-examen.

Este estadio, aunque siempre inquietante en etapas académicas anteriores, alcanza su punto más álgido en la fase universitaria y queda comprendido aproximadamente entre el despertar del examinando y la lectura de la primera pregunta por parte del examinador; y es en este punto concreto en el que me encuentro ahora, recién levantado y con unos síntomas que les iré narrando en el transcurso de este relato.

El primero y más destacable es que he amanecido con el estómago revuelto, fruto de los nervios que no me dejaron dormir y que ahora me hacen estar demasiado despierto, por lo que después de ducharme voy a la cocina sin necesidad de enfrentarme al primer debate mañanero: café o colacao (ya he dicho que estoy demasiado despierto y... si, creo que lo acompañará la tila doble que ha dejado mamá sobre la encimera).

Con algo en el estómago entro en la sala de estudio y enciendo el flexo del escritorio, que parpadea varias veces a modo de redoble para presentarme una hoja suelta en la que he intentado resumir algunos de los puntos más importantes del temario. ¿Cómo era?:

"El quietismo propugna la unión mística con Dios a través del abandono más absoluto de la participación..."

—Putá mierda...

—¡Esa boca, que te he oído!

—Perdona mamá, es que ahora no me acuerdo de esto...

«Venga tranquilízate, si ayer salía» No me pregunten por qué pero las definiciones son una de las preguntas favoritas de todo profesor, sea majo o un cabrón consumado (aunque claro... esto también es relativo y muchas veces guarda una estrecha y sorprendente relación con lo bien



que te sabes el tema o, mejor dicho, las preguntas que te hace), por eso siempre intento memorizar algunas. Es curioso saber ya de antemano cómo el infinitivo que acabo de escribir aquí (memorizar) quedará a fuego grabado en la retina de cada profesor que lea estas líneas, y podríamos disertar largo y tendido sobre este tema y su enfrentamiento con el siempre amado "comprender" pero como les he dicho tengo examen, ¿no querrán que llegue tarde, verdad?

Nueve menos diez. Lo que no pude aprender ayer no lo voy a aprender ahora, así que busco en la estantería alguna carpeta vacía y meto aquellas hojillas sueltas que creo me llevarán al éxito; nada de chuletas, en este sentido soy bastante vegetariano aunque en clase podría mencionar a alguna ilustre figura de esta artesanía milenaria que ha ido cambiando casi tan rápido como los planes de educación (y me refiero exclusivamente al concepto tradicional de chuleta, y no a ese sucedáneo que es el pinganillo... por favor... que no somos tan pringaos), ahí tienen a mi amigo José Antonio (un pseudónimo, claro está, el chaval aún tiene intención de terminar la carrera), pues bien, este artista de la reducción no tiene bastante con usar el ordenador para sus actividades delictivas, sino que también recurre al plastificado (bajo la atenta mirada de su padre "esa esquina no está recta, mendrugo") para que sus posibilidades de éxito no se vean reducidas en caso de lluvias torrenciales, monzones y otros fenómenos meteorológicos propios del junio cordobés.

Y ahí vamos, mis folios del éxito y yo, bajando las escaleras de casa tras haber recibido el salvoconducto que abre las puertas de nuestros hogares la víspera de examen: "tranquilo que seguro que te sale muy bien".

Andar me relaja, o quizás sea algo que mi subconsciente quiere hacerme creer, el caso es que funciona, por eso intento que parte del tiempo de la fase pre-examen esté destinado a este fin, más si cabe cuando la Facultad de Filosofía y Letras tiene la mayor parte de sus accesos peatonalizados y aún me pregunto de dónde salen las motos que suelo ver aparcadas en la puerta. A estas horas la ciudad lleva ya algún tiempo despierta, y se observa la actividad normal de un día entre semana en un barrio del que un amigo dijo se parecía al de "Cuéntame"; paseo dejando a la derecha su buque insignia, el Mercadona tantas veces utilizado para orientar a familiares y amigos sobre el paradero de mi hogar, y enfilo los escalones que me conducen al vial norte, vasta meseta que sirve tanto para celebrar el IV festival del marisco gallego, como de hogar nocturno del pensionista, residencia estival de gitanos o gymkhana en la que jóvenes huyen entre las sombras perseguidos por luces azules.

Cercano a éste se encuentra el parque de los patos, de diseño francés y quizás lo único bueno que hiciesen en la ciudad, pues es de las pocas zonas verdes en las que verdaderamente uno puede dejar volar la mente y, si los decapitadores de árboles que tanto abundan por la comarca se lo permiten, disfrutar de algo de sombra. Dependiendo del día me sumerjo en esa nube de vegetación o, como hoy, la bordeo para disfrutar observándola, como si de una postal se tratara; llegados a este punto me fijo siempre en todos los detalles que lo componen y hago planes para saborear lo que la urgencia ahora me impide: tumbarme en el césped, leer un libro debajo de ese árbol, o simplemente pasear tranquilamente, pensamientos que nunca hago realidad porque siempre estamos "demasiado ocupados para eso". Eh aquí otro de los síntomas del pre-examen; en un estado de nervios constante el sujeto se vuelve de



repente más consciente de las realidades que lo rodean en un intento por escapar a su destino inmediato, algo que le procura a su vez una creciente curiosidad por redescubrir lo que a priori se le presenta como cotidiano. Éste, caballeros, es el principal motivo por el que me obligo a caminar en días tan señalados, porque es en ellos en los que verdaderamente uno disfruta de las, tantas veces nombradas en vano, pequeñas cosas.

Como tengo tiempo y no me apetece escuchar las risas nerviosas y preguntas de última hora de mis compañeros daré un pequeño rodeo (espero que no les importe), además, así tendré oportunidad de airear los folios del éxito.

"El quietismo propugna la unión mística con Dios a través del abandono más absoluto de la participación en la vida activa, hasta alcanzar un estado de "quietud", que supone también el rechazo de toda actividad intelectual, en el que se mezclan la contemplación, el abandono y el silencio interior".

...

Perdón, casi olvido que siguen ahí. El repaso me ha servido para suplicar una prórroga a aquellos nombres que amenazaban con difuminarse en mi memoria si no veían pronto la luz; a muchos se les vendrá a la mente la metáfora del estudiante saturado de información que espera vomitarla a la primera oportunidad pero, seamos elegantes por favor, ¿acaso no es más correcto que esas pobres fechas, lugares históricos, relevantes figuras... reciban el trato propio que la negrita y cursiva de nuestros apuntes les han conferido? Háganme caso, si los dejamos

descansar ahora en lugar de removerlos una vez más, acudirán en agradecimiento a luchar a nuestro lado frente a las siempre desmesuradas pretensiones del folio en blanco.

Paso frente al Corte Inglés de oportunidades y aprovecho para mirarme en uno de los espejos de la fachada; la apariencia es otro de los factores a tener en cuenta, un chico o chica inmerso en plena fase pre-examen es fácilmente reconocible y aunque en días tan señalados cierra la bolsa del atractivo, no quiero arriesgarme a que el siete raspón con el que me valoraron las chicas a comienzo de curso pierda puntos sobre el parqué.

Se habrán fijado en que les trato de usted, quizás en honor a mi profesor de sociología, un caballero peculiar cuyas similitudes con el de la Triste Figura se acentuaban a medida que la desgastada puerta del aula IV era empujada una y otra vez durante el año para contemplar siempre la misma imagen: un ser desgarrado que levantaba por unos segundos la vista del folio para dirigirla hacia aquellos desventurados de ojos hinchados y ojeras prominentes (llámese también resaca) que muy posiblemente regresaban de velar las armas. A veces pienso que si en ese momento hubiese tenido que enfrentarse a una fase pre-examen podría haber sido visto caminando hacia la facultad con incipiente barba blanca y rosada escupidera sobre la testa, o quizás no hubiese hecho falta un estímulo de tal calibre y sólo hubiese bastado con asistir un año más a sus clases.

Pero el caso es que este respetuoso trato se lo debo a D. Antonio, un profesor de Lengua y Literatura que había acudido a hacer una sustitución y que parecía haber repasado en los días anteriores toda la filmografía



sobre el tema, cuyo hilo argumental siempre es el mismo; a saber: *Chico/a joven e inexperto pero cargado de ilusiones llega a centro conflictivo multi-cultural para realizar sustitución; a su llegada se encuentra frustrado/a pero consigue encauzar la situación y salvar la economía del centro mediante la organización de un evento benéfico, ganándose con su labor el respeto de padres, profesorado y alumnos.* Los valores derivados de este tipo de películas, cuya figura más representativa es Whoopi Goldberg, son los que encarnaba D. Antonio, siendo sus escuetas dos semanas de estancia apenas una anécdota más excepto en un pequeño matiz.

Se presentó diciendo que nos trataría de usted (algo que nos llamó mucho la atención) y sólo usaría el tú cuando nos hubiésemos ganado su amistad y confianza, es decir, cuando nos conociésemos, cosa que aún no han logrado del todo conmigo. No lo tomen a mal, sólo llevo seis páginas de presentación... pretendo ser más interesante que eso.

Para que intimemos algo más les diré que soy estudiante de Humanidades y que me dirijo a la cada vez más despoblada Facultad de Filosofía y Letras, cuyo archienemigo se llama "futuro laboral". Futuro; palabra que quizás trascienda en la vida de todo universitario, pues las decisiones que ahora tomamos son las que lo definen, aunque esa angustia vital queda ahora relegada ante lo inmediato.

"El quietismo propugna la unión mística con Dios a través del abandono más absoluto de la participación en la vida activa, hasta alcanzar un estado de "quietud", que supone también el rechazo de toda actividad intelectual, en el que se mezclan la contemplación, el abandono y el silencio interior".

Sigo caminando y a mi izquierda dejo el conservatorio, un edificio en cuya portada plateresca quedan enmarcadas las siluetas de algunos músicos que charlan animadamente.

Al que ha nacido en una ciudad ya solo le asombra el avance de las obras al volver de vacaciones, y muy posiblemente creará conocerla al dedillo pero... ¿Han probado alguna vez a mirar más allá de las familiares fachadas, de no fijar únicamente la vista en los hipnóticos escaparates, de no pasar de largo ante maravillas por las que otros recorren miles de kilómetros? Les aseguro que si alguna vez lo intentan se sentirán extraños en un lugar que han recorrido miles de veces, pero afortunados por volver a recorrerlo una vez más. Durante años de despreocupados paseos a la facultad he podido experimentar esa sensación, acentuada al pasar cerca de los numerosos rebaños de turistas que siguen a pastores de llamativos paraguas; disfrutar de paisajes, olores, sonidos... momentos, que otros imaginan o intentan almacenar en el recuerdo luchando contra la vorágine de largas caminatas y extensas explicaciones.

Nueve y media. Atravieso la plaza de la Agrupación de Cofradías no sin antes pasear levemente la mirada por la ventana baja del Conservatorio de Danza, donde los gráciles contoneos de atractivas sirenas me invitan, como a Ulises, a permanecer en esa isla de naranjos y terrazas en las que cansados turistas aprovechan para comer al abrigo de encaladas fachadas decoradas con flores, algo alejadas de las callejuelas atestadas de tiendas en las que se embosca al incauto.

Antes hablé de futuro pero ahora quiero hablarles de presente, el presente que me regala la experiencia universitaria. El universitario es algo



más que porros, botellón y fiesta; es algo más que revuelta o fuerza estudiantil; es alguien que verdaderamente comienza a entender el mundo que le rodea, pues aún conserva parte de ingenuidad e ilusión al tiempo que burla a aquellos empeñados en imponerle roles o ideas que lo clasifiquen. Quizás este sea (como decía la canción que escuché tantas otras veces y que me hizo saltar hoy de la cama) el regalo más grande: amar la vida.

"El quietismo propugna..."

Diez menos veinte. Giro hacia la calle Deanes esperando no encontrarme retenciones (llámese a hordas de chinos haciendo fotos), aunque son inevitables. El corazón empieza a latirme cada vez más deprisa y siento las manos frías *"El quietismo propugna la unión mística con Dios a través del abandono más absoluto de la participación en la vida activa, hasta alcanzar un estado de "quietud", que supone también el rechazo de toda actividad intelectual, en el que se mezclan la contemplación, el abandono y el silencio interior"*. Intento salir del mar de gente y acelero el paso para obligarme a no repasar mentalmente lo retenido estas semanas, es en estos momentos cuando pienso en lo bien que estaré al terminar el examen, y en mi cabeza aparecen de nuevo todos esos planes y propósitos que nunca realizaré, aunque se evaporan rápidamente ante la cercanía a lo inmediato. *"El quietismo propugna la unión mística con Dios a través del abandono más absoluto de la participación en la vida activa, hasta alcanzar un estado de "quietud"..."*

—¡Cabronazo por fin te veo, serás maricón! ¿Dónde coño te metes? Que te he estado llamado al móvil pero con la caraja que tienes seguro que no lo has oído.

Como no, mi amigo Martín, el que se apuntó a magisterio porque le dijeron que había muchas tías y grandes fiestas y terminó aquí conmigo contemplando como lo más femenino la maja desnuda. ¿Han oído a alguien decir más palabrotas en una misma frase?

—Venga capullo que el examen empieza en cinco minutos y tenemos que coger buenos sitios por si no nos sabemos alguna pregunta.

Penetramos en el edificio que antaño fuera Hospital del Cardenal Salazar, en cuyo recinto se encuentra la capilla mudéjar de San Bartolomé, rumbo hacia lo inevitable.

Entramos en la clase al tiempo que mi nerviosismo aumenta, el jaleo de conversaciones cotidianas, risas histéricas y voces en busca de soluciones a las últimas dudas inunda la habitación (*El quietismo propugna la unión con Dios con el abandono de la participación en la vida ... que supone también el rechazo de actividad y se mezclan la contemplación, el abandono y... y...*) Al girar la cabeza veo a Martín ya sentado con su maliciosa sonrisa mientras apoya la palma de la mano en el respaldo de una silla libre, lugar en el que se decidirá parte de mi futuro durante la siguiente hora y media.

"El quietismo propugna el abandono más absoluto de la participación en la vida activa que supone también el rechazo de toda actividad intelectual, en el que se mezclan la contemplación, el abandono y ..." (¡joder!).

El incremento del murmullo unido a varias voces que salen del pasillo indica que se aproxima el examinador, mientras el examinando trata de abstraerse o motivarse, bien permaneciendo inmóvil en su asiento, bien golpeándose el pecho (como el caso del gorila que tengo a mi



izquierda). Esta es la fase del pre-examen que suscita mayor debate entre los teóricos, pues mientras unos sostienen que el punto culminante de este síndrome desaparece con el comienzo del examen (como es mi caso), otros afirman que el clímax va decreciendo y afecta al individuo aun comenzada la prueba.

La profesora abre la puerta y se dirige decidida hacia su mesa mientras escucha ruegos, chistes elaborados a la ligera (malditos pelotas) y un sinfín de onomatopeyas ininteligibles.

“El quietismo propugna la unión con Dios a través del abandono más absoluto de la participación en la vida activa, hasta alcanzar un estado de... actividad intelectual...”

—Buenos días a todos, separen las mesas y... Carlos, vaya reparando los folios si no le importa.

“...que supone también el rechazo de toda actividad intelectual, en el que se mezclan...”

—Como saben, el examen va a consistir en...

“... la contemplación, el abandono y el silencio interior”. Deseadme suerte.

—Primera pregunta.